

Acción Intencional, Intención en Acción y Representaciones Motoras: Algunas Puntualizaciones sobre la Teoría Causal Revisada y su Posible Articulación con la Neurociencia Cognitiva de la Acción

Ibarra, Romina Alejandra^{a*} y Amoruso, Lucía^a

^a Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias de la Educación (IRICE-UNR), Rosario, Argentina.

Intencionalidad y Conciencia: Abordajes Recientes

Resumen

La introducción del concepto de intención en acción llevada a cabo por John Searle ha permitido resolver algunas de las principales dificultades a las cuales se venía enfrentando la Teoría Causal de la Acción. No obstante, su teoría impone, simultáneamente, nuevos desafíos. Dado lo anterior, el objetivo del presente artículo consiste en revisar algunas de las principales problemáticas que presenta la versión searleana de la Teoría Causal a la luz de los avances recientes en neurociencia cognitiva de la acción. Particularmente, a partir de la noción de representación motora.

Palabras Claves:

Acción intencional; Intención en acción; Representación motora; Imagen Motora

Recibido el 31 de Diciembre de 2010; Recibido la revisión el 3 de Marzo de 2011; Aceptado el 7 de Abril de 2011

Abstract

Intentional action, intention in action and motor representations: Some reflections on the Revised Causal Theory and its possible link with the Cognitive Neuroscience of Action. By introducing the concept of intention in action John Searle helped to solve some of the main difficulties faced by the Causal Theory of Action. Yet, his modified theory raises new issues. Given this, the main goal of this article is to review certain problems posed by Searle's Causal Theory taking into account recent advances in the cognitive neuroscience of action. Particularly, by using the concept of motor representation.

Key Words:

Intentional action; Intention in action; Motor representation; Motor image

1. Introducción

Puede afirmarse que la intuición de que somos agentes y no simples instrumentos pasivos de lo que acontece es una convicción básica que configura nuestro modo de concebirnos y de estar en el mundo. Establecemos así una clara distinción entre acciones y meros sucesos, entre cosas que hacemos y cosas que nos suceden (Moya, 2004).

Tal como señala Pérez (1999), los filósofos parten de este tipo de concepciones de sentido común para construir luego sus teorías filosóficas. De este modo, la distinción intuitiva entre suceso y acción es retomada por la filosofía de la acción, la cual nace con el fin de explicarla, justificarla y precisarla conceptualmente.

En la actualidad, dentro de las teorías filosóficas de la acción, la Teoría Causal (Bach, 1978; Brand, 1984; Bratman, 1987; Davidson, 1963; Mele, 1992; Searle, 1983) es la más ampliamente aceptada. En líneas generales, la tesis fundamental de esta última es que la acción es intencional en tanto posee como antecedente causal un estado mental (deseo, creencia o intención).

Si bien dicha teoría goza de amplia aceptación, no por ello deja de presentar numerosas dificultades. Entre ellas conviene destacar: el problema de cómo dar cuenta del aspecto fenoménico de la acción, el problema de la desviación causal y el de cómo explicar aquellas acciones que no se encuentran precedidas por una

* Enviar correspondencia a: Ps. Romina Ibarra
E-mail: ibarra@irice-conicet.gov.ar

intención deliberada y consciente (como por ejemplo, las acciones espontáneas, automáticas e impulsivas).

En este punto, la Teoría Causal revisada de Searle (1983), fundamentalmente a partir de la introducción del concepto de intención en acción, parecería sortear las dificultades mencionadas. No obstante, Searle no es claro al momento de caracterizar el contenido de la intención en acción y su relación con el contenido de la intención previa. Así, algunos filósofos (Pacherie, 2000; Proust, 2000) retoman dicho concepto searleano con el objetivo de precisarlo a partir de ciertos resultados obtenidos en el ámbito de la neurociencia cognitiva de la acción. En este sentido, podría afirmarse que tales filósofos apuestan por una comprensión naturalista de la acción humana, en la cual las explicaciones filosóficas de la acción intencional sean consistentes, estén integradas y puedan beneficiarse de las explicaciones dadas en el ámbito de la neurociencia cognitiva.

Dado lo anterior, el objetivo del presente artículo consiste en revisar las principales problemáticas que presenta la versión revisada de la Teoría Causal propuesta por Searle (1983) y cómo algunos de sus seguidores han intentado precisarla y enriquecerla a la luz de los avances recientes en neurociencia cognitiva de la acción.

2. Teoría Causal de la Acción: El planteo de Donald Davidson o sobre las razones en tanto causas

La teoría filosófica de Davidson (1963) sobre la acción intencional ha tenido una repercusión decisiva en el desarrollo de la filosofía de la acción (Moya, 1992; Pérez, 1999). En efecto, es a partir de ella que la acción intencional presupondrá, en adelante, la categoría de causalidad (Bach, 1978; Moya, 2004; Pacherie, 2000). En virtud de lo anterior, se analizará su propuesta teórica en tanto exponente paradigmática de la Teoría Causal de la acción.

Puede afirmarse que Davidson (1963) alcanzó celebridad en el mundo filosófico con la publicación de su artículo "Acciones, Razones y Causas". En este último, dicho autor sostiene la innovadora tesis de que la explicación de la acción intencional mediante razones constituye una forma de explicación causal. A partir de dicha formulación, la explicación de la acción deberá poder satisfacer dos requisitos: por un lado, las razones deberán poder justificar racionalmente la acción y, por el otro, deberán también poder causarla. En términos más precisos, Davidson (1963) sostiene que la explicación por razones de la acción intencional desempeña la función de justificar racionalmente a esta última. Dicha justificación consiste en presentar a la acción como razonable e inteligible. Ello sólo es posible

si la razón posee, explícita o implícitamente, la forma de una razón primaria. Las razones primarias consisten en, por un lado, una disposición conativa o actitud favorable hacia un objeto determinado y, por otro, en una creencia de que determinada acción particular conducirá al tipo de objeto al que la actitud favorable apunta. Asimismo, las descripciones de tal deseo/creencia deben estar en una relación lógica adecuada con la descripción de la acción. Esto es, la razón primaria sólo justificará la acción bajo cierta descripción: la que figura en el contenido de la creencia del sujeto. De este modo, la explicación por razones permite ver que la acción ha sido anticipada por el agente y considerada, bajo cierta descripción, como un medio para un fin que valora de forma positiva. Así, por ejemplo, la descripción de mi acción de leer el periódico en términos de "leo el periódico porque quiero estar informado" sugiere claramente una razón primaria: mi deseo de estar informado y la creencia de que leer el periódico es un medio adecuado para lograrlo. Esto es, si la descripción de la acción no sugiriese tal deseo y tal creencia no constituiría una justificación racional de la misma. En este sentido, puede observarse que para Davidson (1963) apelar a conceptos como deseos y creencias para explicar la acción intencional no es suficiente. En efecto, para que un deseo y una creencia expliquen correctamente a la acción intencional tienen que motivarla de una manera adecuada, esto es, mediante una cadena de razonamiento que se ajuste a los estándares de racionalidad. En términos de Davidson (1963), la racionalidad es una exigencia formal de articulación consistente entre las creencias, los propósitos y las acciones, esto es, entre lo que se cree, se desea y se hace.

Del mismo modo, para Davidson (1963) la explicación de la acción no puede reducirse a su justificación racional. En efecto, podría darse el caso en que un agente pueda tener una razón que satisfaga los requisitos mencionados para una acción y, no obstante, llevar a cabo esa acción sin que dicha razón sea el motivo por el cual actuó. Davidson (1963) sostiene que existe una diferencia crucial entre tener una razón para hacer algo y hacerlo precisamente por esa razón y, reducir la explicación por razones a su justificación racional, no permite dar cuenta de esta distinción. De esta manera, postula que las razones además de justificar racionalmente la acción deben también poder causarla, sólo así la razón puede explicar a la acción.

3. Algunas dificultades de la Teoría Causal de la Acción

Bach (1978) sostiene que si bien toda teoría satisfactoria de la acción debe poder explicar a la misma en términos causales, este punto no resulta suficiente. En efecto, debe también poder dar cuenta de cómo la acción es experimentada por el agente, como así también explicar aquellas acciones que no se ejecutan de forma deliberada o que no están precedidas por una intención consciente.

Siguiendo esta línea de pensamiento, Pacherie (2000) expone que la Teoría Causal fracasa, principalmente, en los dos últimos puntos mencionados por Bach. En efecto, dicha teoría deja por fuera de su modelo explicativo el aspecto fenoménico de la acción. Por consiguiente, no puede dar cuenta de los rasgos específicos del conocimiento que el agente posee sobre su propio accionar (Frankfurt, 1978; 1988). Justamente, si la principal diferencia entre una acción y un mero suceso descansa en el antecedente causal mental (creencias y deseos) que posee aquella y no éste, un individuo sólo sabrá que está actuando en tanto conozca el antecedente que originó su acción. No obstante, este no siempre es el caso y las conductas impulsivas constituyen un ejemplo de ello.

Asimismo, Pacherie (2000) agrega otros dos retos al que la Teoría Causal debe enfrentarse. Por un lado, menciona el problema de la desviación causal u obstinación, según el cual no toda relación causal entre unos antecedentes mentales aparentemente apropiados y los sucesos resultantes permitirían calificar a estos últimos como acciones intencionales. Considérese en este punto el caso dado por Chisholm (1966): (i) un hombre desea heredar una fortuna (ii) cree que si mata a su tío heredará tal fortuna (iii) esta creencia y este deseo lo excitan de tal modo que conduce excesivamente rápido su vehículo con el resultado de que, accidentalmente, atropella y mata a un peatón que, sin saberlo, era su tío. En este caso, si bien la cadena causal responde al esquema del razonamiento práctico, no podría afirmarse que el agente de la acción haya ejecutado a la misma de forma intencional.

En este contexto, Pacherie (1999; 2000) sostiene que las versiones revisadas de la Teoría Causal de la acción, al proponer una distinción entre dos tipos de intenciones logran sortear algunas de las dificultades mencionadas. Si bien existen diversas categorías conceptuales para hacer referencia al nuevo tipo de intención introducida (Bach, 1978; Brand, 1984; Bratman, 1987; Mele, 1992; Searle, 1983), en el presente artículo se utilizará la terminología de Searle.

Según Proust (2000), el aporte original dado por este último autor reside en la introducción del concepto de “intención en acción”, el cual es considerado el antecedente causal necesario y suficiente de una acción. En efecto, dicho concepto, en tanto permite caracterizar como intencionales a aquellas acciones que no se encuentran precedidas por una intención previa, posibilita abordar desde una nueva perspectiva el problema de las acciones automáticas e impulsivas, la desviación causal y el aspecto fenoménico de la acción.

4. Teoría Causal revisada: John Searle y el concepto de intención en acción

En 1983 John Searle publica su libro titulado “Intencionalidad”. Se puede afirmar que el proyecto de dicho libro consiste en transferir, en el marco de una teoría de la Intencionalidad, ciertos elementos previamente trabajados por Searle (1969) en relación con los actos de habla a los estados intencionales en general. Entre dichos elementos, conviene destacar cuatro de ellos, dado que son los que Searle considera fundamentales al momento de analizar las propiedades lógicas de los estados intencionales. Estos son: el contenido intencional, el modo psicológico, la dirección de ajuste o adecuación y las condiciones de satisfacción. Respecto de los dos primeros elementos, cabe señalar que todo estado intencional, al igual que los actos de habla, tiene siempre un contenido u objeto al cual refiere y un modo psicológico determinado, esto es, una forma bajo la cual dicho contenido intencional se expresa (por ejemplo un deseo, una creencia o una intención). Asimismo, y tomando en consideración los dos elementos restantes, se puede afirmar que los estados intencionales están relacionados con el mundo de diversas maneras. Dicha relación es pensada por Searle en términos de dirección de ajuste y la misma puede ser de dos tipos diferentes: mundo-a-mente o mente-a-mundo. En el primer caso, se tiende a que el mundo se ajuste a la mente, mientras que en el segundo es la mente la que se ajusta a como está hecho el mundo. Cabe destacar que, la dirección de ajuste puede a su vez ser alcanzada o no: si es alcanzada la creencia será verdadera, el deseo colmado o la intención llevada a cabo. En otras palabras, en caso de que haya ajuste podemos decir que la creencia, el deseo o la intención han sido satisfechos. En este sentido, todo estado intencional que posea una dirección de ajuste, posee a su vez condiciones de satisfacción, en tanto las mismas expresan lo que tiene que darse para que haya verdadera adecuación entre mente y mundo o viceversa. Además, para aquellos estados intencionales que tienen una dirección de ajuste mundo-a-mente, Searle añade otro

elemento de suma importancia: la causalidad autorreferencial. En este punto y a diferencia de la noción tradicional según la cual nuestros estados mentales refieran a cosas que no son ellos mismos, los estados intencionales estarían causados por el objeto o contenido intencional representado en ellos.

Luego de haber clarificado estos cuatro elementos fundamentales de todo estado intencional, es necesario avanzar un paso más y analizar, por una parte, cómo los conceptos de intención previa e intención en acción se enmarcan en dicho modelo general y, por otra, cómo esta clasificación permite resolver algunos de los principales problemas a los que se venía enfrentando la Teoría Causal de la acción. Según Searle (1983), la intención previa puede definirse como la intención que el agente se forma antes de realizar una acción determinada y corresponde, en líneas generales, a la representación de toda la acción como una unidad (p.93). Así, la acción como un todo es la condición de satisfacción de la intención previa. No obstante, como se expuso anteriormente, no todas las acciones se encuentran necesariamente precedidas por una intención a priori. En otras palabras, algunas acciones son premeditadas o deliberadas mientras que otras no lo son. Esto es, reportado de modo lingüístico: algunas acciones adoptan el tipo “voy a hacer A” (intención previa) mientras que otras pueden adoptar la forma “hago A” o “estoy haciendo A” (intención en acción). En el conocido ejemplo dado por Searle (1983), un hombre sentado sobre una silla reflexionando sobre un problema filosófico repentinamente se levanta y comienza a caminar por la habitación. Aunque las acciones de levantarse de la silla y comenzar a dar vueltas por la habitación no poseen una intención previa que las haya desencadenado, las mismas son intencionales. De esta manera, las intenciones en acción se forman mientras la acción ocurre. Así, el concepto de intención en acción sirve para dar cuenta de la causa más próxima a un movimiento corporal y la misma juega un rol crucial al momento de dar forma a la acción, guiándola y monitoreándola hasta que se haya ejecutado completamente.

En este sentido, mientras que el contenido de la intención previa es la representación de la acción como un todo, el contenido de la intención en acción es la presentación consciente de la “experiencia de estar actuando” (Searle, 1983, p.88). Conviene aclarar siguiendo a Pacherie (2000), que esta experiencia de estar actuando no debe confundirse con la experiencia de estar en movimiento. En efecto, puede haber movimiento corporal sin que exista la experiencia de estar actuando y viceversa.

Finalmente, es necesario remarcar que para Searle (1983) la noción de autorreferencialidad resulta crucial para dar cuenta de las acciones intencionales. Así, la intención previa es autorreferencial en el sentido de que su contenido en sí mismo posee la eficacia causal de producir la acción y la intención en acción es autorreferencial en el sentido en que ella misma expresa los requerimientos que causan el movimiento corporal.

A partir de todo lo anteriormente desarrollado, puede afirmarse que el criterio para que un evento sea considerado una acción intencional no reside exclusivamente, a diferencia de la Teoría Causal, en poseer una intención previa que lo cause. Para que un episodio de conducta sea considerado una acción intencional es condición necesaria como suficiente que el mismo sea causado por una intención en acción. En este contexto, las conductas automáticas e impulsivas poseen el antecedente causal necesario para adquirir la cualidad de acciones intencionales. En virtud del mismo criterio, el problema de la desviación causal quedaría parcialmente resuelto. Si se considera el caso del tío expuesto en el apartado anterior, puede afirmarse que el carácter intencional de la acción del sobrino se mantiene en función de que se introduce un nuevo nexo causal dado por la intención en acción.

Por último, y en virtud de que las intenciones en acción constituyen la experiencia de estar actuando, la Teoría Causal revisada de Searle (1983) permite incluir el aspecto fenoménico en la ejecución de la acción. De este modo, no sólo se expone que la principal diferencia entre un suceso y una acción residiría en que estas últimas poseen un antecedente causal mental, sino también en el conocimiento que la persona posee de estar actuando, pese a que dicho conocimiento sea de naturaleza no conceptual. En efecto, la experiencia de estar actuando, en tanto es presentacional, no se encontraría mediatizada por conceptos.

4.1. Algunos problemas suscitados a partir de la clasificación dicotómica de Searle.

Siguiendo a Pacherie (2000) se puede afirmar que, si bien la clasificación dicotómica entre intención previa e intención en acción permite responder a algunos de los problemas planteados por la Teoría Causal, introduce, simultáneamente, nuevos desafíos. En primer lugar, Searle (1983) no efectúa una caracterización exhaustiva de la naturaleza del contenido de la intención en acción. Esto es así, en tanto para esta autora las intenciones previas poseen un contenido representacional o conceptual y las intenciones en acción poseen un contenido presentacional o pragmático no-conceptual. Debe destacarse que para caracterizar de manera precisa el

contenido de la intención en acción y poner en relación los diferentes contenidos de ambas intenciones, Pacherie (2000) toma en consideración algunos resultados recientes obtenidos en el campo de la neurociencia cognitiva. Específicamente, hace uso de las nociones de imagen motora y representación motora introducidas por Jeannerod (1994; 1995).

5. Revisitando el concepto de acción intencional desde la Neurociencia Cognitiva

5. 1. Imágenes motoras y representación motora

Los conceptos de representación e imagen motora procedentes de la investigación en neurociencia cognitiva, parecerían clarificar la noción searleana de intención en acción. Según Pacherie (1999; 2000) las imágenes motoras se presentan atractivas en tanto constituyen un punto de contacto entre la intención previa y la intención en acción y contienen la información necesaria para que el individuo pueda elaborar la noción de sí mismo como agente intencional. En este contexto, conviene aclarar qué se entiende por representación e imágenes motoras dado que su comprensión resulta crucial para poder precisar el concepto searleano de intención en acción.

La imagería motora consiste en un estado cognitivo dinámico en el cual un individuo simula mentalmente una acción dada (Jeannerod, 1997). Este tipo de experiencia fenoménica implica que el individuo siente que realiza dicha acción desde una perspectiva de primera persona (Decety, 1996; Jeannerod & Decety, 1995). Asimismo, la imagería motora puede entenderse como un fenómeno particular que forma parte de otro proceso más amplio relativo a la intención y la preparación del movimiento: la representación motora. Esta última posee dos aspectos fundamentales, a saber: una representación del yo en acción, esto es, del cuerpo en tanto generador de fuerzas actuantes y un modelo interno o representación de la meta de la acción (Jeannerod, 1994; 1995; 1997). Según Jeannerod (1994), este proceso relativo a la preparación motora tiene lugar por fuera de la consciencia. No obstante, bajo ciertas condiciones, dicho proceso podría volverse consciente y este sería el caso, precisamente, de las imágenes motoras. En otras palabras, “una imagen motora es una representación motora consciente” (Jeannerod, 1995, p. 1419). En efecto, además del hecho evidente de que sólo la preparación motora, y no las imágenes motoras, va seguida de una ejecución real de movimientos, la principal diferencia entre ambas residiría en la naturaleza consciente de estas últimas. De todos modos, Jeannerod piensa que dicha diferencia es de grado y no cualitativa. En este sentido, sugiere que la

transición de lo no consciente a lo consciente se vería determinada por el tiempo que le llevara a los procesos de preparación acceder a la consciencia.

Más aún, la hipótesis que finalmente propone Jeannerod (1995) es que las representaciones motoras implicadas en la ejecución y en la imaginación de una acción, son una y la misma cosa, y que los dos modos de representación son únicamente distinguibles en virtud de las circunstancias en las cuales éstos son generados. En consecuencia, las propiedades aplicables a la representación motora serían extensibles a las imágenes motoras. Así, ambas poseerían la misma relación funcional con la acción representada y el mismo rol causal en la generación de la acción intencional. Por otra parte, Jeannerod (1995) postula que la representación de la acción se distribuye en diversos niveles del sistema de la acción. Más específicamente, existe una jerarquía de representaciones motoras, de modo que las metas y parámetros más generales de las acciones codificadas en niveles superiores actuarían como restricciones en los niveles inferiores. De este modo, se accedería más fácilmente a aquellos aspectos de la acción codificados en el nivel superior que a aquellos codificados en nivel inferior. Por consiguiente, el contenido de las imágenes motoras correspondería a la codificación de los niveles superiores de la representación motora (Pacherie, 2000). Tal como se indicó, en condiciones de ejecución normal (esto es, cuando la acción ejecutada coincide con la acción representada) no hay acceso consciente al contenido de la representación y ninguna imagen motora es experimentada. Esto se explica, según Jeannerod (1995), por el hecho de que la imagería motora y la ejecución poseen constantes temporales diferentes, dado que la imagería implica consciencia subjetiva y en consecuencia tarda más en aparecer. De esta manera, la experiencia consciente de las imágenes motoras sobreviene, por ejemplo, en aquellas condiciones en donde la acción es demorada, ejecutada de manera incompleta o bloqueada (p. 1429). Siguiendo la idea de Jeannerod sobre la existencia de constantes temporales diferentes, Pacherie (1999, p. 229) sugiere que un organismo podría acceder de manera consciente a sus intenciones en acción cuando las representaciones motoras devienen imágenes motoras. Más precisamente, la existencia de un lapso de tiempo entre la intención y la acción es lo que permitiría separar la causa del efecto, pudiéndose elaborar así la noción de uno mismo en tanto agente intencional.

5. 2. Representación pragmática y causalidad indexical

Como se mencionó al principio del apartado, la representación motora incluye una representación del

yo como generador de fuerzas actuantes y una representación de la meta de la acción. Mientras que el primer aspecto hace alusión al polo autorreferencial, el segundo incluye tanto una representación del objeto externo hacia el cual la acción va dirigida, como así también del estado final del organismo una vez alcanzado dicho objeto. Desde una perspectiva clásica (Mishkin, Ungerleider & Macko, 1983), pueden distinguirse dos sistemas corticales visuales: el sistema “qué” y el sistema “dónde”. Este último correspondería a la vía dorsal y procesaría características visuo-espaciales del objeto, mientras que el primero correspondería a la vía ventral y procesaría información más bien semántica relativa al reconocimiento del objeto.

Jeannerod (1995), por su parte, conserva la caracterización relativa al sistema “qué”. No obstante, postula que la vía dorsal procesaría no solo información espacial sino también pragmática. Así, este segundo sistema correspondería al “cómo” antes que al “dónde”. En efecto, este tipo de representación incluiría también un componente centrado en el objeto que determinaría como el individuo puede relacionarse con él. Dicho de otro modo, las características del objeto estarían activando patrones motores predeterminados y, en consecuencia, funcionarían como “facilitadores”, “accesos prácticos” o affordances -de acuerdo al término original introducido por Gibson (1979)-, dando cuenta de las posibilidades de actuación de un individuo con un objeto en un contexto determinado.

Siguiendo a Pacherie (2000), se puede afirmar que esta característica del modo pragmático de la representación podría entenderse también en términos de causalidad indexical (Campbell, 1994), en donde los objetos del entorno se representan en función de los propósitos y circunstancias del agente. En este sentido, expresiones como “es un peso que puedo levantar fácilmente” o “está fuera de mi alcance” son indexicales porque su referencia varía de manera sistemática en los distintos contextos, de acuerdo a la localización témporo-espacial definida de manera egocéntrica y en implicancia directa con la acción y la percepción.

Así, Pacherie (1998; 2000) enfatiza que la naturaleza de la representación motora sería fundamentalmente relacional. En efecto, lo que la representación motora representa no es ni un estado del cuerpo ni un estado del ambiente sino una relación dinámica entre ambos. Dicha relación dinámica se encuentra dada por el hecho de que las representaciones motoras, en consonancia con el rol de las intenciones en acción, guían y monitorizan la acción hasta que ésta hubo finalizado.

5. 3. *Feedback, monitoreo de la acción y anclaje déictico*

Otra cuestión señalada por Jeannerod (1995) es aquella referida al feedback necesario para desarrollar y ejecutar una acción de manera satisfactoria. En este punto, dicho autor hace alusión al concepto de “descarga corolaria” (Sperry, 1950) o mecanismo de “copia eferente” (von Holst & Mittelsted, 1950). Estas nociones permiten dar cuenta de cómo un organismo puede monitorear el curso de la acción, anticipándose a la misma. La idea básica es que la copia eferente o copia de la respuesta deseada que va a emitirse, es utilizada para comparar las consecuencias sensoriales que debería tener la acción con las señales propioceptivas reaférentes relativas a la acción en curso.

De este modo, con feedback no se hace referencia únicamente a la utilización de la información externa proporcionada por los sentidos de manera periférica, sino también al empleo de información interna relativa al monitoreo anticipado de la acción en curso. Así, la acción intencional se encuentra estrechamente vinculada al control de los movimientos corporales guiados por un plan motor en el cual se encuentra representada la meta entendida como el estado final. Esto es, en función de una estructura teleológica asociada a la meta de la acción.

En este contexto, se puede afirmar siguiendo a Proust (1998) que resulta necesario encontrar propiedades funcionales que permitan anclar los componentes representacionales de la acción en tiempo y espacio y que, un candidato satisfactorio deberá poder dar cuenta del monitoreo de la acción. No obstante, la pregunta que puede formularse a partir de ello es cómo se las arregla el cerebro para poder realizar este proceso de monitoreo cuando el contexto externo varía de manera tan sistemática. En efecto, es propio de los seres humanos poder adaptarse de manera flexible a un contexto siempre cambiante.

El candidato propuesto por Proust (1998) es la representación déictica. Según dicha autora, la naturaleza de esta última es esencialmente interactiva y su contenido depende del contexto en el que determinada información es capturada. Expresiones como “aquel objeto”, “aquí”, etc. darían cuenta de esta modalidad de representación. Razonando en términos funcionales, Proust (1998, p. 14) plantea que existirían tres tipos de representaciones déicticas. En primer lugar, mediante la percepción debe poder localizarse dónde o sobre qué objeto se aplicará el programa motor. En segundo lugar, la memoria de trabajo debe mantener dicha información en tanto contexto en donde se desarrollará la acción. Por último, la ejecución motora

debe desarrollarse tomando en cuenta tanto el feedback interno proporcionado por la memoria de trabajo como el feedback externo dado por la percepción. De este modo, ambas fuentes son utilizadas para finalizar una acción.

6. Consideraciones Finales

En virtud de la presente revisión, se puede afirmar que uno de los principales méritos del concepto de intención en acción reside en permitir anclar la acción intencional al carácter fenoménico que la acompaña, esto es, al sentimiento que proporcionaría al agente el sentido de propiedad de la acción.

De este modo, pone en primer plano uno de los aspectos previamente relegados por la Teoría Causal clásica. No obstante, si bien Searle logra avanzar un paso más en esta línea, no consigue explicar de manera acabada la naturaleza del contenido de la intención en acción y su estructura interna. En razón de ello, ciertos filósofos han recurrido a conceptos como el de representación motora para dar cuenta del carácter pragmático del contenido de la intención en acción. Dicho carácter, se interpretó tanto en términos de indexicalidad dinámica (Pacherie, 1999; 2000) como de anclaje deíctico (Proust, 2000). De este modo, se logró precisar y enriquecer la teoría searleana articulando su metafísica de la acción con explicaciones de base empírica obtenidas en el ámbito de la neurociencia cognitiva. En este sentido, puede afirmarse que el concepto de representación motora ha permitido asentar sobre bases más firmes el proyecto searleano de naturalizar la intencionalidad de la acción.

De este modo, se puede concluir que una nueva línea de reflexión filosófica con responsabilidad empírica se está abriendo. Su característica distintiva reside en que no limita su reflexión conceptual a argumentos a priori, sino que articula también sus planteos con los aportes de otras disciplinas científicas, dando lugar a un diálogo sumamente fructífero y promisorio.

Referencias

- Anscombe, G. E. (1957). *Intención*. Barcelona: Paidós.
- Bach, K. (1978). A representational theory of action. *Philosophical Studies*, 34, 361-379.
- Brand, M. (1984). *Intending and Acting*. Cambridge MA: MIT Press.
- Bratman, M. E. (1987). *Intention, Plans, and Practical Reason*. Cambridge MA: Cambridge University Press.
- Campbell, J. (1994). *Past, space and self*. Cambridge MA: MIT Press.
- Chisholm, R. (1966). Freedom and action. En K. Lehrer (Ed.), *Freedom and Determinism* (pp. 11-44), New York: Random House.
- Davidson, D. (1963). Actions, Reasons, and Causes. *Journal of Philosophy*, 60, 685-700.
- Decety, J. (1996). Do executed and imagined movements share the same central structures? *Cognitive Brain Research*, 3, 87-93.
- Decety, J. & Jeannerod, M. (1996). Fitts' law in mentally simulated movements. *Behavioral Brain Research*, 72, 127-134.
- Dray, W. (1970). *Laws and Explanation in History*. Oxford: Clarendon Press.
- Frankfurt, H. (1978). The problem of action. *American Philosophical Quarterly*, 15, 157-162.
- Frankfurt, H. (1988). *The importance of what we care about*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gibson, J. J. (1979). *The ecological Approach to Visual Perception*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Jeannerod, M. (1994). The representing brain: neural correlates of motor intention and imagery. *Behavioral and Brain Sciences*, 17, 187-245.
- Jeannerod, M. & Decety, J. (1995). Mental motor imagery: A window into the representational stages of action. *Current Opinion in Neurobiology*, 5, 727-732.
- Jeannerod, M. (1997). *The Cognitive Neuroscience of Action*. Oxford: Blackwell.
- Mele, A. (1992). *Springs of Action*. Oxford: Oxford University Press.
- Melden, A. I. (1961). *Free Action*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Mishkin, M., Ungerleider, L. G. & Macko, K. A. (1983). Object vision and spatial vision: Two cortical pathways. *Trends in Neurosciences*, 6, 414-417.
- Moya, C. J. (2004). *Filosofía de la mente*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Proust, J. (1999). Indexes for action. *Revue Internationale de Philosophie, Neurosciences*, 3, 321-345.
- Pacherie, E. (1999). Imágenes motoras, autoconciencia y autismo. En J. Russell (Ed.), *El autismo como un trastorno de la función ejecutiva* (pp. 205-245). Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Pacherie, E. (2000). The content of intentions. *Mind and Language*, 15, 400-432.
- Pérez, D. (1999). Teorías filosóficas de la acción humana y la explicación de la acción. En D. Biebel (Ed.), *Teoría de la acción. Perspectivas filosóficas y psicoanalíticas* (pp. 45-70). Buenos Aires: ADEP.
- Searle, J. (1983). *Intentionality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Searle, J. (1969). *Actos de Habla: Un Ensayo de Filosofía del Lenguaje*. Madrid: Cátedra.
- Sosa, E. (1984). Mind-body interaction and supervenient causation. *Midwest Studies in Philosophy*, 9, 271-281.
- Sperry, R.W. (1950). Neural basis of the spontaneous optokinetic response produced by visual inversion. *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 43, 482-489.
- Taylor, C.M. (1964). *The Explanation of Behaviour*. Londres:

Routledge & Kegan Paul.

von Wright, G.H. (1971). *Explanation and Understanding*.
Cornell University Press: Ithaca.

Winch, P. (1972). *Ciencia social y filosofía*. Buenos Aires:
Amorrortu.